

MEDITACION.

Del mérito de los trabajos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que las cruces, los trabajos, las adversidades son verdaderos remedios; y no son menos saludables los que parecen mas amargos. Como en materia de salud no se debe consultar el gusto, asi en materia de salvacion nunca se debe atender á los sentidos.

Desde que Cristo santificó la cruz prefiriéndola á todo lo demás; desde que la ennobleció, escogiéndola por trono suyo; desde que mereció ser el principal instrumento de nuestra redencion, ha sido la cruz objeto de las ansias de todos los santos. No solo es el adorno mas precioso de la corona de los príncipes; no solo es el principal ornamento de los altares; es el terror del infierno, es el contraveneno de las pasiones, es, por decirlo así, el árbol de la vida. Lo mismo, á proporcion, se puede decir de las cruces, de las enfermedades, de las desgracias y de los trabajos. Son amarguísimos á la naturaleza, no lo niego; pero esta amargura es medicinal, es origen de mil esquisitas dulzuras.

No hay que atribuir á causas estrañas, á principios forasteros nuestras desazones, nuestras inquietudes: todos nuestros disgustos, todas nuestras desgracias nacen dentro de nosotros mismos. Nuestras pasiones son nuestros tiranos; ellas solas son las que turban nuestro reposo; ellas las que hacen poco tranquilos, poco serenos nuestros dias; ellas las que ofuscan el entendimiento y alteran el corazon; en una palabra, ellas las que se burlan de nosotros, sirviéndolas de juguete. Sobre todo, el orgullo y el amor á los deleites son las dos grandes máquinas que ponen en movimiento todos los disgustos de la vida. ¿Pero quién no sabe que el primer fruto, por decirlo así, de la cruz es humillar el espíritu y domar el amor propio? Estréllanse siempre contra esta roca la ambicion mas desmedida, el orgullo mas animoso; y la sensualidad no encuentra con qué alimentarse en el pais de los trabajos. Las cruces humillan las alturas; los puestos elevados desvanecen; andaseles la cabeza á los que andan en ellos; toda prosperidad es grande tentacion. Pero cuando las adversidades nos hacen bajar de esas elevaciones peligrosas; cuando se ve uno á nivel de aquellos mismos á quienes uno miraba debajo de sí; cuando una desgracia desvia de nuestro lado á toda esa caterva de cortesanos y de lisonjeros; cuando una enfermedad

borra del semblante todos los rasgos de una caduca hermosura; cuando apaga la viveza de esos ojos; cuando oscurece la brillantez de ese color; cuando desmaya el despejo de esa bizzarria; cuando insensiblemente destierra la concurrencia de esos cortejantes; cuando una pérdida considerable, una quejebra en el comercio, cuando una desgracia inopinada vuelve á cubrirnos del polvo que poco antes habíamos sacudido; cuando todo nos sale mal, todo se vuelve contra nosotros; entonces sí que nos humillamos; entonces sí que la modestia y la afabilidad vuelven á ocupar el lugar del orgullo, de la fiereza y de la arrogancia; y entonces sí que cuesta poco la conversion con ayuda de la gracia. No hay cosa que mas nos arrime á la razon y á la devocion que las adversidades. La prosperidad embriaga, y las cruces restituyen la razon y la fe á la posesion de sus derechos.

¡O mi Dios, y qué poco se conoce el mérito de las cruces! Ellas son tesoros escondidos, es verdad; ¿pero quién conoce cuanto vale el fruto que producen? Páranse los hombres no mas que en la corteza, que es grosera, retrae y lastima, porque ignoran el valor del divino fruto que llevan. ¡Ah Señor! pues vos mismo nos enseñasteis cuán preciosas son las cruces, ¿cuándo ha de llegar el dia en que yo comience á estimarlas como merecen?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que basta hacer reflexion del modo con que el Salvador habla de las cruces, para conocer su valor, su mérito y su necesidad. *El que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. El mundo se alegrará; los hijos del mundo se divertirán, y serán llamados los dichosos del siglo; cuando en realidad serán los mas desgraciados y los mas dignos de compasion; pero vosotros no los tengais envidia; vuestra herencia serán las cruces y los trabajos; comereis siempre el pan mezclado con lágrimas; las calumnias, las persecuciones y toda suerte de adversidades os seguirán á cualquiera parte que vayais, en todas tendreis que padecer, sereis menospreciados, sereis tenidos por el desecho del mundo, por las heces de los hombres: Y todo porque sois mis favorecidos, mis herederos, los queridos de mi Padre.* Ahora pregunto: ¿qué ventaja se puede seguir al mismo Cristo de vernos padecer; amándonos tan tiernamente como nos ama? ¿por qué razon querrá que las cruces y los trabajos sean nuestra legítima y nuestra herencia? Este es el misterio que no comprenden los mundanos, los hombres terrenos y carnales; pero le entienden sin dificultad los espirituales, los verdaderos fieles, los santos. Despues del pecado de

nuestro primer padre no nos dejó otra herencia que el sudor, el trabajo y el afán, porque la que nos dejó no llevaba mas que espinas y cambrones. Pagó el Salvador nuestras deudas, y mejoró nuestra suerte. Dejónos como padre su herencia, la cual no es ya una tierra estéril, que regada con lágrimas no produce mas que espinas; es el árbol de la cruz, regado con su sangre y convertido en árbol de vida; su fruto es poco grato á los ojos, pero es de un gusto exquisito. *Gustate et videte*, nos dice por el profeta. No os gobernéis por los sentidos: las apariencias retraen, desvian, espantan. Pero *gustate*, gustad; porque cuando se hace la esperiencia de la dulzura que se siente en padecer por Dios; cuando se comienza á gustar qué consuelo es vivir cristianamente; tener una vida pobre, humilde, oscura; en una palabra, parecida á la del mismo Cristo; entonces si que se palpa la verdad de aquel oráculo: *Si quid patimini propter justitiam, beati*; si padecéis algo por amor de Dios en satisfaccion de vuestras culpas, y por ser discipulos de Cristo, *beati*; ¡ó qué dichosos! ¡ó qué bienaventurados que sois! Es cierto que el mundo no conoce esta dicha, antes la tiene por quimérica, como está todo él sepultado en la groseria de los sentidos; pero Dios hace juicio muy distinto de los trabajos. *Oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam*: fué necesario que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria. *Oportuit*; fué necesario; ¿pues qué hombre podrá eximirse de padecer para salvarse? *Et ita intrare in gloriam suam*; y que así entrase en su gloria. *Et ita*; así, y no de otra manera; ¿pues qué hombre habrá tan insensato que imagine puede entrar en el cielo á otro título ni por otro camino?

¡O mi Dios, y qué diferente juicio se haria de las aflicciones y de las adversidades de esta vida, si se conociera bien su mérito, su virtud y su valor! Sin duda que para hacernos formar un alto concepto de lo que vale la santa cruz, dispone nuestra religion que en todo la tengamos á la vista. La cruz es la primera que nos enseña á formar el catecismo, encargándonos que demos principio con ella á todas nuestras acciones; la cruz es la que se coloca en todos los altares; y la cruz es tambien la que se eleva hasta en la misma corona de los príncipes. No permitáis, divino Salvador mio, que ignore yo por mas tiempo lo mucho que valen las adversidades y los trabajos, simbolizados en vuestra sagrada cruz; y pues ella os sirvió á vos de instrumento para salvarme á mi, haced que las cruces y las adversidades me sirvan desde hoy en adelante de medio para conseguir mi salvacion.

JACULATORIAS. — No permita Dios que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. (*Ad Galat. 6.*)

No tengo, Señor, otro mayor consuelo, que cuando mas me afligís, corregís y castigáis. (*Psal. 22.*)

PROPOSITOS.

1 El valor de las cruces no nace de su carestia, porque no hay cosa mas abundante en todos los estados y en todas las condiciones. Y es bien extraño que la misma abundancia no nos haya enseñado el modo de aprovecharnos de ellas; siendo nuestra mayor desgracia no conocer la virtud de este excelente remedio para curar las pasiones. ¡Cuánto has perdido hasta aqui por no haberte sabido aprovechar de los trabajos, infortunios y desgracias de esta vida! Conoce ya lo que valen; y pues dentro de tí mismo tienes esta mina para enriquecerte, acaba ó comienza á persuadirte que no hay otro verdadero mal sino el pecado; y todo lo demás que se llama desgracias, reveses, infortunios, calamidades, trabajos, míralos desde hoy en adelante con ojos verdaderamente cristianos: estímalos en lo que valen; y habla de ello como de un inestimable regalo que Dios te hace, como de un insigne favor que recibes del cielo. Ten por cierto que esas cruces eran muy necesarias para tí, que sin ellas corria peligro tu salvacion, y que á la hora de la muerte y por toda la eternidad considerarás aquella afliccion, aquella pérdida de hacienda, aquella enfermedad, aquel infortunio como una gracia; de la cual estaba pendiente tu predestinacion.

Está persuadido á que el tiempo de prosperidad no es el mas feliz, no es el mas dichoso de tu vida. No te puede tratar Dios con mas cariño, que tratándote como trató á su mismo unigénito Hijo, y como trató á todos los santos; ni pienses que esta es una devocion arbitraria, porque es uno de los puntos mas capitales y mas importantes de nuestra religion.

2 No hay cosa mas comun ni mas saludable entre los cristianos que hacer la señal de la cruz; pero al mismo tiempo tampoco hay cosa que se haga con menos fruto, porque ninguna hay que se haga con menos devocion y con menos respeto. Los apóstoles, enseñados por Jesucristo, instituyeron esta admirable señal para instruirnos en los misterios y principios de la fe, y para dar á todos ese público testimonio de lo que creemos. Es la señal de la cruz una como abreviada profesion de nuestra fe; y es tambien contraseña con que imploramos la asistencia y la bendiccion de Dios por los méritos de Cristo, que padeció y

murió en ella. Haz siempre, á ejemplo de los primeros cristianos, la señal de la cruz cuando comienzas á orar, cuando das principio á alguna obra, y sobre todo, cuando te asalta alguna tentacion, ó te hallas en algun peligro. Siempre se usó esta divina señal en todas las iglesias, y por los cristianos de todos los siglos; úsala tú frecuentemente, y siempre con fe, con respeto y con espíritu de religion. No imites á tantos como parece que hacen irrision de ella, cuando afectan santiguarse; uno ó dos garabatos en el aire delante de la frente ó del pecho son todas las cruces que hacen cuando se persignan; parece que se avergüenzan del Evangelio; y en ellos aquella no es señal de la religion que profesan, sino de la indevociion de que muchos hacen vanidad. Corrige en tí un defecto tan irreligioso y tan comun, y ten cuidado de formar siempre la señal de la santa cruz con devociion y con reverencia; mira que es muy importante este aviso.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SANTA MÓNICA, madre de S. Agustin, en Ostia Tiberina, cuya santa vida escribió su hijo é insertó en el libro nono de sus Confesiones. (*Véase su historia en el día de hoy.*)

EL TRIUNFO DE SAN SILVANO, obispo de Gaza, en las minas de Fenos, en Palestina, el cual fué martirizado con gran parte de su clero por mandato de Galerio Maximiano César en la persecucion de Diocleciano: OTROS TREINTA Y NUEVE MÁRTIRES condenados allí á trabajar en las minas, fueron tambien degollados con él despues de haber sido atormentados con hierros hechos ascua y con otros tormentos.

SAN CIRIACO, obispo, en Jerusalem, el cual visitando los santos lugares fué muerto imperando Juliano apóstata. (Créese que fué obispo de Ancona en Italia.)

SAN PORFIRIO, mártir, en Umbria. (Nació en Camerino, ciudad de Umbria, y á sus trabajos apostólicos debió gran parte de aquellos países el conocimiento de las verdades de la fe, donde es considerado como su apóstol y su padre. Los paganos le hicieron sufrir una dolorosa muerte, el año 250.)

SANTA ANTONIA, mártir, en Nicomedia, la cual despues de crueles y escesivos tormentos, estuvo colgada de un brazo por tres dias, y luego la tuvieron dos años en la cárcel; y finalmente por orden del prefecto Prisciliano, perseverando en la confesion del Señor, fué quemada.

SAN FLORIAN, mártir, en Lorch, en la alta Austria, el cual atada una piedra al cuello por mandato del prefecto Aquilino, fué echado en el rio Eus, en tiempo del emperador Diocleciano.

SANTA PELAYÁ, virgen, en Tarso, la cual alcanzó la palma del mar-